

Florentino Portero Rodríguez*

EL PETRÓLEO COMO ARMA POLÍTICA

El petróleo es, desde hace muchos años, un combustible clave para la generación de energía. Y la energía resulta ser una de las claves del bienestar de las sociedades, especialmente de las más desarrolladas; razón por la que el petróleo presenta una notable dimensión estratégica y en consecuencia es también un arma política. Buena prueba de ello es la decisión adoptada en 1973 por la OPEP, de no suministrar petróleo a los países alineados con Israel, o la invasión de Kuwait por el Irak de Saddam Hussein en 1990. En este artículo se plantea cómo el petróleo ha sido un arma política y lo seguirá siendo, lo cual explica los esfuerzos de muchos países por reducir la dependencia de su importación.

Palabras clave: defensa, dependencia energética, conflictos asimétricos, seguridad nacional, Europa de la energía.

Clasificación JEL: F13, Q38, Q43.

1. Seguridad y globalización

Cada época tiene sus términos de referencia o, por lo menos, sus acepciones particulares. Durante mucho tiempo primó el sustantivo «guerra» para referirse al ministerio que se encargaba de mantener y dirigir a los ejércitos, porque hacer la guerra era su principal misión. Eran escasos los períodos de completa paz y lo normal era que cada generación viviera una experiencia bélica con los costes implícitos al uso de la fuerza. Con el paso del tiempo el Estado fue haciéndose más y más sofisticado, ganando competencias y asumiendo nuevas responsabilidades relativas al

bienestar ciudadano. Como expresión de esa nueva realidad el término guerra dio paso a otro más acorde con la nueva realidad política, el de defensa.

Con el nuevo término daba la sensación de que el objetivo de los ejércitos, que ahora pasaban a denominarse Fuerzas Armadas, no era tanto hacer uso de la fuerza como garantizar los intereses nacionales. El objetivo se imponía al medio y si el primero se lograba sin necesidad de perder una sola vida, sin disparar un solo obús, sería porque se habría administrado inteligentemente la capacidad de disuasión, dejando claro al potencial enemigo que el coste de iniciar un conflicto bélico era muy superior a las hipotéticas ventajas de la victoria. El correcto equilibrio entre diplomacia y disuasión se encontraba en la base de la política exterior, salvo que se optara por el uso de la fuerza para

* Profesor Titular de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

hacer prevalecer los intereses nacionales. Pero yendo más allá, el término «defensa» implicaba además el reconocimiento de que las Fuerzas Armadas no eran los únicos actores. La relación con la diplomacia debía hacerse más estrecha al tiempo que la Administración económica tenía que implicarse más, tanto en la tarea de proveer a las Fuerzas Armadas de las capacidades necesarias como en asegurar el aprovisionamiento de los medios necesarios para garantizar el funcionamiento de las empresas y el bienestar de la población, lo mismo en tiempo de paz como durante la guerra. Los Estados occidentales comprendían que cuanto más complejo era un Estado más vulnerable resultaba. Cuantos más servicios prestaba a la ciudadanía más flancos presentaba al enemigo. La «defensa» ya no era solo cosa de militares, aunque a ellos les correspondiera la mayor carga de responsabilidad.

Tras el final de la Guerra Fría ha acabado por imponerse un nuevo término, que venía siendo utilizado desde tiempo antes en ámbitos académicos y profesionales: «seguridad». La seguridad no sustituye a la defensa, como tampoco la defensa sustituyó a la guerra. En realidad estamos haciendo referencia a planos juxtapuestos que reflejan el cambio tanto del Estado como del entorno internacional. El uso del término seguridad está íntimamente unido a otro, quizás el que mejor refleja nuestro tiempo: «globalización». La Estrategia de Seguridad Nacional de 2013 recoge este hecho: «El mundo globalizado actual se encuentra en un proceso de cambio continuo, debido a factores como la evolución constante de los centros de poder, con nuevas potencias en ascenso, la consolidación de nuevos actores internacionales, la mayor capacidad de influencia adquirida por parte de los individuos, los cambios demográficos, la mayor competencia por los recursos energéticos, alimenticios y económicos, así como el papel de las tecnologías en la sociedad del conocimiento o la mayor interdependencia económica, política y jurídica». Por todo esto:

— El concepto de seguridad en el Siglo XXI debe ser amplio y dinámico, para cubrir todos los ámbitos con-

cernientes a la seguridad del Estado y de sus ciudadanos, que son variables según las rápidas evoluciones del entorno estratégico, y abarcan desde la defensa del territorio a la estabilidad económica y financiera o la protección de las infraestructuras críticas.

— Por otra parte, la respuesta a los riesgos y amenazas que comprometen la seguridad en nuestros días precisa de cooperación tanto en el plano nacional como en el multilateral. Las respuestas unilaterales y aisladas no son eficaces, por su carácter incompleto y parcial, frente a unos retos que exigen un enfoque multidisciplinar y una acción conjunta. Solo esta perspectiva abarca todos los aspectos potencial o realmente afectados.

— Conforme a esta visión integral, la Seguridad Nacional es la acción del Estado dirigida a proteger la libertad y el bienestar de sus ciudadanos, a garantizar la defensa de España y sus principios y valores constitucionales, así como a contribuir junto a nuestros socios y aliados a la seguridad internacional en el cumplimiento de los compromisos asumidos.

Seguridad implica, por lo tanto, el reconocimiento de que en un mundo globalizado lo que ocurra en cualquier parte del planeta puede llegar a afectarnos gravemente, así como que para poder enfrentarnos a esos retos, riesgos o amenazas, tendremos que actuar con otros. No solo tenemos que ser capaces de conjugar la acción de distintos ministerios, además debemos hacerlo con otros Estados, algunos de cultura e historia sensiblemente distintas.

La acción multinacional exige un intenso y a menudo agotador esfuerzo diplomático para convencer a aliados y amigos de que lo que un Estado considera una amenaza lo es realmente para los demás. Véase el ejemplo de Polonia y los Estados bálticos, advirtiendo del riesgo de que Rusia utilice su gas como un medio para lograr cesiones de sus dependientes vecinos, mientras que en Alemania se garantiza un acceso directo a través del gasoducto Northstream. La necesidad de actuar a través de un marco multinacional ofrece a la otra parte —adversario o enemigo— la oportunidad

de tratar de provocar divisiones mediante concesiones. La posición de Alemania, Hungría o Bulgaria dista de la de los Estados antes citados, poniendo en evidencia la inexistencia de una posición europea.

Tras dos guerras mundiales y una tercera, la Guerra Fría, que supuso vivir cuatro décadas bajo la amenaza de holocausto nuclear, nadie considera como primera instancia el uso de fuerzas convencionales o nucleares para hacer valer los intereses nacionales. Dos términos se han puesto de moda para explicar la forma de gestionar un conflicto en nuestros días: asimétrico e híbrido. Si la victoria es poco probable frente a una gran potencia o una alianza occidental, nadie en su sano juicio despliega sus fuerzas en un espacio abierto en pos de un combate clásico. Saddam Hussein fue el último en intentarlo y sus unidades fueron aniquiladas antes de llegar a ver al enemigo. Lo lógico es hacer la guerra que ni gusta ni sabe hacer Occidente, una que no corresponde a los principios establecidos por el general prusiano Clausewitz, ni a los de la estrategia nuclear, sino que busca en la asimetría el flanco más débil de la potencia supuestamente superior. La guerra de Argelia, de Vietnam o de Afganistán, tres conflictos en los que Occidente ha sido derrotado, son ejemplos de cómo una combinación de terrorismo y guerrilla con una buena cobertura de medios de comunicación llevan a una retirada por falta de apoyo ciudadano. En los conflictos híbridos el agresor apoya un movimiento subversivo o lo crea en un Estado; el caso más obvio en nuestros días es el de Ucrania. Dependiendo de las circunstancias y de los intereses en juego el agresor se limitará a apoyar diplomática y materialmente al movimiento subversivo o, a supuesta petición de este, introducirá tropas en cuantía suficiente para lograr hacer prevalecer sus intereses.

Globalización y comunicación van de la mano, hasta el punto de que no se entiende una sin la otra. La revolución cibernética está en la base de la aceleración de este proceso, que teniendo sus raíces en la antigüedad clásica ha llegado en la actualidad a un grado de desarrollo difícil de prever hace apenas 30 años.

Las redes informáticas nos unen, pero la computación ha provocado un cambio profundo en el diseño y gestión de nuestras empresas y administraciones. Hemos sido capaces de reducir costes al tiempo que mejorábamos el servicio, pero a costa de ofrecer formidables flancos de vulnerabilidad. De la misma forma que el ferrocarril permitió desplazar tropas y armamento más rápido, y que las carreteras facilitaron la penetración de los medios acorazados enemigos, las «autopistas de la información» permiten a los profesionales penetrar en el corazón de nuestras administraciones y empresas para robar información o boicotear actividades.

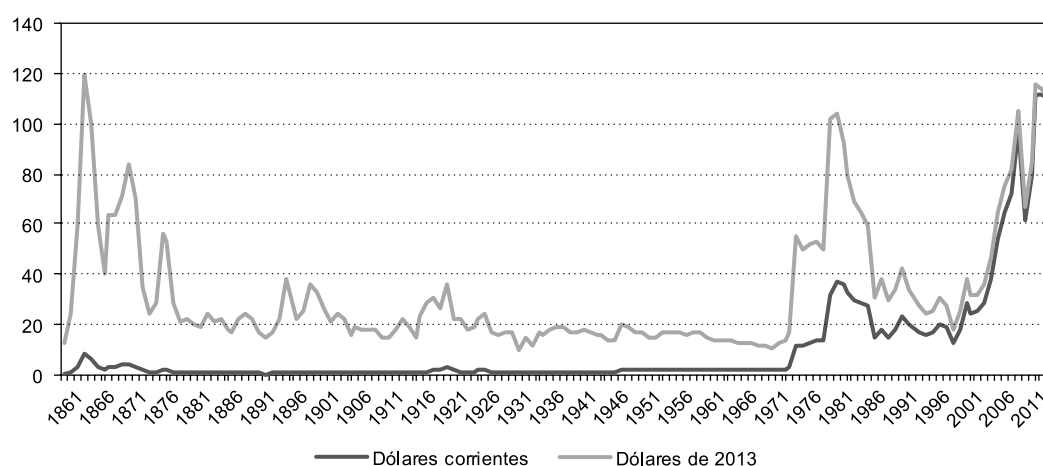
En conflictos asimétricos o híbridos o en acciones de ciberguerra cualquier vulnerabilidad es un objetivo y cuanto más sofisticado sea un Estado, cuanto mayores sean sus servicios sociales, más flancos presenta.

2. La dependencia energética

La historia europea del Siglo XIX y primera mitad del XX se caracterizó por el intento de establecer un Estado de derecho con voluntad de asentar auténticos regímenes representativos, un proceso que se vio amenazado o alterado por el nacionalismo y las tensiones sociales. Tras dos guerras mundiales y espectáculos de miseria humana tan aterradores como la Shoa u holocausto judío y el Gulag, los Estados del Viejo Continente optaron por superar ambos problemas mediante la integración y el establecimiento de lo que dimos en llamar «Estado de bienestar». Todo ello depende de un desarrollo económico sostenido, de estructuras económicas complejas capaces de superar las crisis cíclicas y de garantizar pensiones, sanidad, educación, infraestructuras... Economías al fin con alta productividad, capaces de innovar y competir.

Sin energía no se encienden las fábricas ni pueden funcionar los hospitales, las escuelas... Sin energía nos encontramos con un problema que va más allá de la economía, con una amenaza que se llevaría por delante un sistema de convivencia asentado en garantías de servicios sociales imposibles de prestar. Es más,

GRÁFICO 1
PRECIO DEL BARRIL DE PETRÓLEO EN TÉRMINOS NOMINALES Y REALES



FUENTE: www.chartsbin.com

no se trata solo del abastecimiento sino también del precio. El coste de la energía es un componente fundamental del precio de los productos manufacturados. Si un país o grupo de países se ve obligado a pagar por su factura energética una cantidad sensiblemente mayor que otros, se podrían encontrar con un obstáculo insalvable para poder competir en mercados abiertos, poniendo así en peligro su modelo de desarrollo y prestaciones sociales.

Los hidrocarburos son un bien escaso, repartido desigualmente por el planeta. No es la única forma de generar energía, pero sí una de las más populares. Por todo ello podemos afirmar que el acceso a este recurso es un elemento crítico que cualquier Gobierno tendrá muy en cuenta. Desde hace años estamos acostumbrados a leer o escuchar en los medios de comunicación cómo se hace uso de él para doblegar voluntades. En 1973 la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OAPEC) decidió aplicar un embargo a una serie de países que se habían caracterizado por apoyar a Israel durante la guerra del Yom Kippur, pasando el barril de 3 a 12 dólares (Gráfico 1).

Más recientemente hemos sido testigos del desarrollo de la estrategia rusa para establecer mecanismos de dependencia con Estados europeos, consumidores de hidrocarburos. Garantizando el suministro a aquellos más sensibles a sus demandas, mediante rutas seguras, podría cortar el aprovisionamiento a aquellos otros menos dispuestos a ceder a sus exigencias. En el caso de Ucrania hemos visto cómo a lo largo de la crisis que este país está sufriendo ha pasado de recibir hidrocarburos a un precio intervenido muy beneficioso, como premio por mantenerse alejado de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica, a sufrir una subida espectacular en el momento en que consideró firmar un acuerdo de colaboración con la Unión. Subida que, por otra parte, fue acompañada de la movilización de la población de origen ruso, que planteó la independencia de parte del territorio y su anexión a Rusia a través de un conflicto militar que continúa en nuestros días.

La actuación sobre el precio de los hidrocarburos puede dirigirse también contra países productores por parte de un miembro de esa privilegiada comunidad. Recientemente hemos asistido a una drástica caída

del precio del petróleo hasta el punto de llegar al entorno de los 40 dólares. Las causas se encontraban en un exceso de oferta, en condiciones propias del funcionamiento del mercado. A ese precio algunos de los Estados productores sufrirían serios problemas fiscales, hasta el punto de poder entrar en crisis de régimen. Ha sido muy interesante observar cómo un país tan importante en este sector como Arabia Saudí ha analizado esta situación y reaccionado ante ella. Un barril a 40 o 60 dólares supone un problema para ellos. Sin embargo, llegaron a la conclusión de que un período de precios bajos tendría más beneficios que pérdidas para sus intereses nacionales, por muy duro que fuera el impacto para sus arcas públicas. Arabia Saudí tiene importantes reservas de las que echar mano para satisfacer las demandas sociales durante algún tiempo, pero ese no es el caso de Irán, que además se ve obligado a vender gran parte de su crudo sin refinar como consecuencia de sus guerras con Iraq, precisamente cuando el Gobierno de Teherán se ve obligado a realizar un gran esfuerzo militar para sostener a su aliado alaui en Siria y trata de conquistar el conjunto de Iraq para la causa chií. Rusia, aliado de Irán en el Consejo de Seguridad y proveedor de material militar sofisticado, también sufriría unas duras pérdidas, que sumadas a las provocadas por las sanciones impuestas por Occidente ante su injerencia en los asuntos internos de Ucrania, llevarían a su Gobierno a moderar sus posiciones. Por último, unos precios bajos desaniman a aquellos inversores que apuestan por formas alternativas de extraer energía, como es el caso del *fracking*. Este conjunto de razones parece haber llevado al Gobierno saudí a no tratar de forzar la subida de los precios mediante una reducción del crudo extraído, sino más bien lo contrario. Cuando árabes y persas, suníes y chiíes, se disputan la hegemonía del Islam en pos de un renovado Califato tratando de hacerse en primera instancia con el control del Creciente Fértil, que uniría el Índico con el Mediterráneo Oriental, una pérdida de ingresos podría llevar a Irán a moderar sus actos de injerencia con tal de evitar en el corto plazo

problemas en casa, derivados del descontento social por el encarecimiento de la vida y la baja calidad de los servicios públicos.

En el uso con fines políticos de los hidrocarburos cumple también un papel relevante el intermediario. Tras la Primera Guerra del Golfo, provocada por Iraq al invadir Kuwait, el régimen de Sadam Hussein sufrió la aplicación de un conjunto de sanciones entre las que se encontraba el programa «petróleo por alimentos». Iraq solo podía exportar una cantidad determinada de petróleo, sin embargo, gracias a la colaboración de Siria en acciones de contrabando, la cantidad real aumentó, con sustanciosos beneficios para ambos países. Más recientemente Turquía asegura no poder vigilar la salida por su territorio de petróleo iraquí controlado por el grupo Estado Islámico, DAESH, alejado de las posiciones ideológicas del Gobierno turco, pero fuerza de referencia en la contención del expansionismo iraní en Iraq y Siria. Turquía no parece estar apoyando directamente a esta formación. Sus preferencias son otras más acordes con sus posiciones, sin embargo en este terreno se produce una coincidencia de intereses con recursos energéticos de por medio.

Los Estados árabes y Rusia han utilizado sus capacidades de extracción de hidrocarburos para tratar de obtener ventajas diplomáticas, en unos casos contra la voluntad de la otra parte, en otros con su abierta participación. Los hidrocarburos pueden forjar o reforzar alianzas. Israel es un Estado con graves problemas de seguridad. Recientemente ha hallado importantes reservas de gas en el yacimiento de Tamar, cerca de las costas de Chipre. Estas reservas supondrán, una vez que comience su explotación, un gran alivio para las deterioradas arcas israelíes, sometidas a unos elevados gastos en defensa. Además, Israel ha aprovechado la situación para reforzar su relación con su vecino Egipto, un Estado con casi 90.000.000 de habitantes y una renta per cápita inferior a los 4.000 dólares, que ha vivido situaciones políticas muy difíciles en los últimos años y que se enfrenta en el futuro inmediato al reto de dar satisfacción a las demandas de una población

con una media de edad de 25 años y una formación manifiestamente mejorable. Todo ello con un conflicto abierto en la Península del Sinaí contra milicias yihadistas y otro en la vecina Libia donde se libra una guerra civil con más de dos frentes, y donde el Gobierno de El Cairo trata de proteger con incursiones aéreas al Gobierno establecido en Tobruk, frente al que se encuentra en Trípoli, de carácter más islamista y apoyado por Turquía y Qatar, y contra las milicias yihadistas que campan libremente por su extenso territorio. En estas circunstancias Israel ha ofrecido a Egipto el suministro energético a través de un gasoducto que uniría por mar las ciudades de Ashkelon y El Arish.

Los recursos energéticos en ocasiones unen, pero incluso en estos casos podemos encontrarnos situaciones de compleja gestión. Pakistán mantiene una estrecha relación con China, que históricamente ha ido en paralelo a la que India ha tenido con Rusia. China e India tienen problemas fronterizos pendientes de resolución, al tiempo que India sigue con preocupación la política naval china. Pakistán e India viven en un estado permanente de guerra fría y riesgo de holocausto nuclear, por demandas territoriales pakistaníes insatisfechas. China necesita el gas iraní, al que tendría acceso por un gasoducto que desde Irán atravesaría Pakistán hasta penetrar en el occidente chino, su zona menos desarrollada y más conflictiva. Pero Pakistán es parte del Islam suní y mantiene unas relaciones muy estrechas con Arabia Saudí, que de hecho se encuentra en guerra con Irán. En estas complejas circunstancias se puede entender que Pakistán finalmente no participara en la fuerza multinacional que está actuando en Yemen contra las milicias hutíes, apoyadas por Irán. En la medida en que las relaciones iranosaudíes continúen empeorando ¿cómo podrá sortear esa situación el Gobierno de Islamabad? Si, como todo apunta, Irán tendrá en breve capacidad militar nuclear, si es que no la tiene ya ¿podrá Pakistán rechazar una hipotética solicitud saudí de compartir su capacidad nuclear teniendo en cuenta todo lo que le debe a ese país, incluso en el terreno nuclear?

3. La independencia energética

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial el mundo, y muy particularmente Occidente, ha vivido un largo período de expansión y desarrollo económico y social. El fin de la utopía comunista y la mayor aceptación de la economía de mercado han estado en su base, pero no se puede restar importancia al efecto de un largo período de precios bajos, como queda recogido en el Gráfico 1. En los países más desarrollados, como es el caso de Estados Unidos, donde el automóvil ya se había popularizado, llevó a una auténtica revolución urbanística, que permitió a las familias acceder a amplias viviendas unifamiliares con jardín, a kilómetros de la ciudad, que se podían adquirir, calentar y enfriar a precios razonables. El número de automóviles por familia aumentó al incorporarse la mujer al mercado de trabajo y crecer los hijos. El norteamericano medio pasaba cada vez más horas en su automóvil, y con ello subía el consumo energético y aumentaba la dependencia de un «modo de vida» a precios bajos. Todo ello comenzó a entrar en crisis con la respuesta árabe a la participación occidental en la Guerra del Yom Kippur.

El milagro de la recuperación económica tras la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo de los complejos y costosos modelos de Estado del bienestar, el estilo de vida occidental, se habían sustentado en una vulnerabilidad: la dependencia de aprovisionamiento exterior de recursos energéticos. El problema no sería el mismo en un país que en otro, pero en lo fundamental todos estaban afectados. Puesto que se trataba de un elemento crítico de la seguridad nacional sería necesario recurrir a un enfoque estratégico para paliar o resolver la situación.

Disponer de recursos energéticos es un activo importante para un Estado, pero utilizado como arma política puede tener consecuencias negativas, que pueden ir desde sufrir las consecuencias económicas de las crisis provocadas hasta perder posiciones de mercado. Los hidrocarburos generan tanta riqueza que pueden provocar graves disfunciones económicas en

el propio país. De hecho la mayor parte de los Estados productores son dependientes de esta actividad, padecen altos niveles de corrupción y sus regímenes políticos son manifiestamente mejorables. El petróleo ha sido una maldición para algunos de ellos, la causa del abandono de procesos de modernización que les garantizaría un nivel de bienestar en un planeta que dejará definitivamente atrás estas fuentes de energía. Un Estado dependiente de los ingresos por hidrocarburos es un Estado muy vulnerable.

Administraciones y empresas revisaron sus planes sobre la necesidad de disponer de reservas suficientes para sortear crisis puntuales, así como de diversificar los proveedores para evitar, en la medida de lo posible, dependencias que pudieran resultar fatales. Al aumentar el precio las compañías buscaron con más empeño nuevos yacimientos, creciendo tanto el número de Estados productores como la oferta global. Yacimientos localizados tiempo atrás y que se habían considerado no rentables, por la dificultad de la extracción o por la calidad del producto, gracias a la subida de precios pasaron a ser rentables y explotados. La inversión llegó para desarrollar nuevas tecnologías que permitieran extraer gas de las rocas, el *fracking*, sistema que plantea problemas por el alto consumo de agua y la contaminación que provoca. Cada vez más crudo y gas llegaba a los mercados, pero junto a la oferta también crecía la demanda, debido fundamentalmente al despegue de los gigantes asiáticos, especialmente China e India.

La preocupación por la dependencia, el miedo a que los yacimientos se fueran agotando y una creciente sensibilidad por la salud del planeta, a la vista del daño que la quema de hidrocarburos provoca en la atmósfera, llevó a considerar la inversión en tecnologías que permitieran generar energía a partir de fenómenos naturales, como el sol, el viento, el agua o el calor de la tierra. Fenómenos aparentemente inagotables facilitarían la generación de energía sin necesidad de contaminar la atmósfera o la propia tierra, liberarían al Estado de peligrosas dependencias respecto de otros Estados y podrían crear numerosos puestos de trabajo. Estas

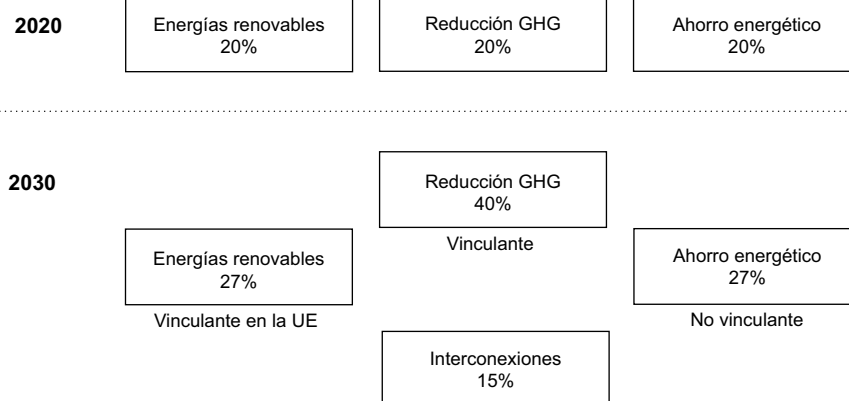
tecnologías no eran nuevas. Desde décadas atrás se venía escribiendo sobre ellas, sobre su potencialidad, viabilidad, limpieza... pero razones económicas habían desaconsejado su aplicación. Sin embargo, las nuevas circunstancias animaron a Gobiernos y empresas a apostar por su desarrollo e implementación, con un amplio respaldo de la población. Era una cuestión de tiempo que estas nuevas formas de generación energética se impusieran, pero el uso político de los hidrocarburos y las incertidumbres sobre el futuro de algunas regiones del planeta han acelerado su implantación. No fueron las únicas razones, pero su importancia es innegable.

La combinación de miedo a la dependencia y al chantaje y sensibilidad ecológica está detrás de una de las políticas más recientes e interesantes de la Unión Europea, el Paquete Marco para el Clima y la Energía 2030, punto de partida para el establecimiento de una Europa de la energía (Esquema 1). Un camino a recorrer que pasa por entender que un mercado único requiere de una política energética común, avanzando en las interconexiones para garantizar tanto la seguridad del suministro como la competitividad¹. Un camino que permitiría, o debería hacerlo, una planificación más racional de las fuentes energéticas que tienen que posibilitar el desarrollo económico europeo desde una mayor autonomía y diversidad. Este Paquete Marco era una necesidad desde hace años, pero su aprobación es la consecuencia directa del empeoramiento de las relaciones con Rusia y de la crisis del mundo árabe. Rusia invadió y segregó dos territorios de Georgia, como represalia por su acercamiento a la Alianza Atlántica. Ha provocado una crisis en Ucrania para evitar su aproximación a la Unión Europea. Algunos Estados vecinos temen que el Gobierno de Moscú no se detenga allí. No se dan las condiciones para que los Estados europeos confíen en que los gasoductos y oleoductos rusos proporcionen en el futuro los recursos energéticos necesarios. Tampoco la evolución del área MENA

¹ ESCRIBANO, G. (2015). «¿Qué nos deparará 2015 en energía?» *Revista Elcano*, nº 6, enero-febrero, pp. 8 y 9.

ESQUEMA 1

OBJETIVOS GENERALES PARA LA UNIÓN EUROPEA



NOTA: GHG: gases de efecto invernadero por sus siglas en inglés.

FUENTE: Elaboración propia a partir de un esquema de Thomson Reuters.

(Oriente Medio y África del Norte) ayuda a tranquilizar a unas administraciones y compañías que llevan años sufriendo la crisis económica más grave desde la Segunda Guerra Mundial y que ven cómo el futuro de los suministros de hidrocarburos está amenazado por tensiones religiosas, diplomáticas y culturales.

La energía derivada de la fisión nuclear seguirá teniendo un papel importante, a pesar del rechazo popular debido al riesgo de graves accidentes, como el vivido en Japón. Son muchas las centrales nucleares en funcionamiento, la gestión de los residuos ha mejorado y, a pesar de los accidentes ocurridos, su seguridad es alta. Son una inversión que garantiza independencia y la producción de energía eléctrica en un tiempo de creciente demanda. Sin embargo, el reto tecnológico donde puede estar la base de una gran revolución es la fusión nuclear. Si finalmente conseguimos controlar este proceso podremos generar energía a partir de la colisión de átomos de hidrógeno, uno de los elementos más comunes en el universo. Los Estados capaces de disponer

de esa tecnología, si llega a conseguirse, gozarán de energía barata e independencia energética. Podrán producir a menos coste sin sentirse amenazados por una falta de suministro energético desde el exterior. Sin embargo ¿hasta qué punto tendrán garantizado el suministro desde el interior?

4. Los límites de la seguridad

La energía, sea cual sea su origen, tiene que llegar a un punto de distribución o de consumo y mientras trata de llegar es vulnerable. Refinerías, depósitos de gas, centrales eléctricas y nucleares, tendidos eléctricos, gasoductos y oleoductos, todos ellos pueden ser objeto de atentados terroristas que tengan como objetivo provocar el caos social y el consiguiente miedo. Si el enemigo busca concesiones de nuestros Gobiernos, nada tan eficaz como el chantaje social. El terrorismo se practica porque funciona. No es el resultado de mentes trastornadas sino del cálculo político. Tras las exaltaciones patrióticas llega el can-

sancio, el autoengaño y finalmente las concesiones. Garantizar la independencia del aprovisionamiento energético no es suficiente, porque por muchas medidas que tomemos la distribución siempre podrá ser objeto de boicot.

A las acciones subversivas clásicas, como la voladura de un oleoducto o de una central eléctrica, tenemos que sumar las derivadas del ámbito cibernético. Hemos podido asistir a la destrucción de «cascadas de centrifugadoras» en una central nuclear a partir de un *software* instalado en un sistema estanco. Sin lugar a dudas hay un antes y un después del gusano «*Stuxnet*» en la seguridad internacional. No fue propiamente una sorpresa, porque desde hacía años se venía especulando con acciones de este tipo entre los especialistas en ciberguerra. Sin embargo, el constatar cómo servicios de inteligencia fueron capaces de introducirlo a través de ingenieros alemanes de una empresa proveedora y su efecto sobre el programa de enriquecimiento nuclear iraní, nos situó ante la realidad de que ese escenario ya no era especulativo, sino real. La ciberguerra y el cibercrimen son fenómenos característicos de la seguridad en el Siglo XXI, que están provocando estragos en nuestras administraciones y empresas. Los Estados occidentales están creando «mandos de ciberguerra», al tiempo que los servicios de inteligencia y cuerpos de policía dedican crecientes recursos a estas tareas. Si las autopistas de la información nos permiten reducir costes y mejorar nuestra productividad, debemos tener presente que para los Estados rivales, adversarios o enemigos y para las «empresas delincuentes» ofrecen exactamente las mismas ventajas. Un Estado o una organización no estatal pueden utilizar sus propias capacidades para atacar nuestras infraestructuras energéticas con fines políticos concretos. Esas capacidades propias pueden serlo de hecho o de derecho. En este ámbito es normal crear estructuras no integradas y no reconocidas como propias para realizar determinadas acciones, que de descubrirse podrían dañar la imagen del agresor. Para ello se nutren de

técnicos educados para estos fines en prestigiosos centros universitarios. Otra opción es la externalización de las operaciones, no hacia una entidad dependiente, aunque no reconocida, sino a una entidad abiertamente delictiva que pueda estar interesada en realizarlas por dinero.

La independencia energética no es sinónimo de seguridad, aunque pueda suponer un importante paso en su consecución. Aquí nos encontramos ante otra de las características de nuestro tiempo que nos puede llevar a considerar que, tras el fin de la Guerra Fría y la aceleración del proceso de globalización, nos hallamos ante cambios significativos en el plano de la seguridad internacional. Durante siglos hemos distinguido la seguridad interior de la seguridad exterior, estableciendo un paradigma sobre el que hemos construido el Estado moderno. Así, damos a los policías competencias distintas de las propias de los militares, confiamos a los diplomáticos misiones que distan de las que realizan los técnicos de la Administración del Estado y organizamos sistemas de justicia nacionales e internacionales. Ese paradigma ha quedado superado por la globalización. Cuando una organización yihadista establecida en Oriente Medio realiza un atentado en un Estado europeo a través de individuos de esa nacionalidad, exigiendo un cambio en la política exterior o interior ¿estamos ante un problema de seguridad exterior o interior? Esta misma duda nos surge en muchas otras ocasiones, como cuando empresas próximas a otros Gobiernos roban en nuestros bancos o en nuestras empresas de ingeniería a través de sus portales en Internet.

La guerra es una realidad que no hemos conseguido superar. El conflicto es parte de nuestra naturaleza social, como de la del resto de los seres vivos. Atrás queda la guerra entendida a la manera de su gran teórico, Clausewitz, vinculada al concepto europeo de Estado. En un entorno globalizado la guerra recupera muchos de sus componentes más antiguos junto con otros derivados de las nuevas tecnologías. El campo de batalla muda hacia nuestro flanco más débil: los ciudadanos. El enemigo

puede comunicarse con ellos directamente a través de los medios de comunicación, televisión y redes sociales, y puede condicionar su vida colapsando los servicios básicos a través de los cuales nuestra sociedad funciona. Por todo esto la energía y la política son actividades indisolublemente unidas, de ahí que la política energética deba estar en todo momento sometida a un marco estratégico.

Referencias bibliográficas

- [1] ESCRIBANO, G. (2015). «¿Qué nos deparará 2015 en energía?» Revista Elcano, nº 6, enero-febrero, pp. 8 y 9.
- [2] FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (2007) *The Future of Oil: Geology versus Technology*, mayo.
- [3] ODELL, P. (1978). *Oil and World Power*. Penguin.